

ROSA CRUCHAGA DE WALKER

**Bajo la piel
del aire**

2^a EDICIÓN

ROSA CRUCHAGA DE WALKER

Bajo la piel del aire

2^a EDICIÓN
SANTIAGO CHILE 1999

© ROSA CRUCHAGA DE WALKER
© BAJO LA PIEL DEL AIRE

Inscripción N° 47.735
ISBN 956-288-207-1

Impresión Luis Saldías
Santiago, marzo de 1999

Printed in Chile

Prólogo a la 2ª edición de
Bajo la Piel del Aire

Alfredo Matus Oliver
Director de la Academia Chilena de la Lengua
16 de diciembre de 1998

NON CONFUNDAR

Agradezco a esta escritura que me ha hecho penetrarme, serenarme, concentrarme dentro de mí mismo, sumergirme bajo la piel del aire.

¡Qué búsqueda, qué anhelante y auténtica búsqueda supone este ejercicio de amar (“ni ya tengo otro oficio,/ que ya solo en amar es mi ejercicio”)! Podría decir que es búsqueda del rostro, del perfil (“busca su perfil seguro,/ y el sueño lo desorienta”), de la cara, del semblante... Y diría poco, o fuera sesgado. En este discurso que busca totalidades, en que no es suficiente la piel de las superficies, se rescata la otra faz de la luna; inmersión a fondo bajo la piel del aire, con lúcida faena de intuición poética (intueri), del mirar adentro, en misión radiográfica que todo lo transpasa, en visiones oblicuas y penetraciones de la más “interior bodega”. Y diría poco, casi nada, porque no bastan aquí aspectos efímeros (cara), ni apariencias transitorias (semblante), ni ocasionales esbozos (silueta), ni contornos exteriores (fisonomía), ni bordes laterales (perfil), aunque de todo eso hay.

Pureza del rasgo distintivo, en larga persecución logrado, es lo que aquí late, logro de la figura, en dolorosa individuación; único y legítimo rostro que no se ve es lo que aquí se alcanza. Como aquel por fin. "Locución adverbial que expresa con cierto énfasis el término de una situación de espera", dice el Diccionario oficial. Con mucho énfasis, afirmo yo, glorioso suena ese término/ inicio de la Mercedes, que por fin se refina con su rostro definitivo. ¡Por fin!

Por fin, tosca Mercedes, te refinas.

(...)

Por fin sin reumatismo.(...)

(Avenida La Paz)

Compendio de todos los por fines en que esta tosca humanidad, por fin, por fin...se habrá de refinar.

Libro neumático este de debajo del aire. Libro de traslaciones, de voces no confusas, de coincidencias tan emblemáticamente planificadas, de cifras enigmáticas, como aquella del "¡Ochocientoscincuentitresmilcuatrocientos!" (EL número) y es mejor abrir el balcón "para que oigan cómo esta lloviendo".

¡Cómo te sumerges, Rosa Cruchaga! En esa espléndida pastilla de menta que "a veces se nubla en el cielo" (Menta), y con ella la Marilyn, Luther King, y los turistas de Venecia, y Toulouse- Lautrec y Van Gogh, y la austriaca-francesa degollada del "collar de menta" y las treinta mentas heladas con que "compramos la Salvación". ¡Cómo distingues, cómo tiñes, cómo marcas con rasgos distintivos inconfundibles! ¡Qué ir y venir, ascender y descender, en el oleaje incesante de Esas playas! Al blanco lustral de las pastillas de menta le sucede el amarillo etimológico ("amapola amarilla") en secreción amarga:

Qué será de esas salmueras
con que tú, a ti, te perseguías.

¡Cómo plasmas, cómo configuras esa historia de “barroso horizonte” con la contrafigura de su rostro velado, apenas entrevisto en el paño de la Magdalena! Y reconstruyes esa esfera, completa, única en que se constituye el sentido en su integralidad: “bajo la piel del aire, sobre la piel de nadie”.

Porque en esta historia se entrecruzan todos los semblantes. Marilyn con Luther King, “las rodillas enanas” con “las sienas suicidas”. Todo es conjunción, eclipse, contrasombra. El Bautista y Tomas Moro en Maqueronte y “las gárgolas de Nuestra Señora”. El viento tiene que clamar, como la voz del desierto, en estas páginas aeróbicas mayores.

El viento clama Juan,
y se inclinan las palmeras.

¡Qué agudo desamparo en el tranvía, en el bus, en cualquier sitio! No importa quién sea la mujer, es la mujer simplemente:

Va en pie como inicial de cualquier cosa.

(...)

Va en pie como inicial que es también mía,
de catedral y de árbol y de luna.

(La embarazada del bus)

Esa mujer “va en pie” cruzando calles, portadora dolorosa, ostensorio y viril. Dolorosa en soledad, catedral que va procesionalmente en pie.

El transcurrir fluye, no sólo por esas playas; también por estos espacios de microcosmos, en los buses (La embarazada del bus, Paquete), en los féretros (Avenida La Paz), en los trenes (Trenes):

Voy pasando la vida como quedan los puentes,
remecidos por siglos pero inmóviles siempre,
(...)

(Trenes)

Remecido queda el espectáculo superior,
emblema del pasar, trayecto- trayectoria y peripecia, lo que
ocurre par i, en el camino, en la Avenida La Paz, viaje
odiseico en dimensión de capilla. Fugacidad del irse yendo.

Todos bajan a la niebla al final de sus trayectos
que quizás nunca empezaron.

(Paquete)

Y así se va horadando de rutas subterráneas el
subsuelo, bajo la piel del aire. Versos mágicos, incrustados
en sí mismos, como ecuaciones en perplejidad, tan cabales
como estos:

En mi paquete revuelven chiquillos y funcionarios
en mi mano. Y en mi otra yo voy sola de mi mano.

(Paquete)

"Y en mi otra yo voy sola de mi mano". Aquí se
funden el yo con el ella. Y en la búsqueda de los trazos
esenciales, rostro, el señor de la revista "Busca a esta
desconocida para ver si tiene cara", que es lo único que se
nos podrá buscar en aquel día (dies illa) para no ser
confundidos.

Penetrante chispa, concentración lírica del instante
es la precariedad de El viejo comensal, uno de los siete
sonetos exactos de la obra. Rasgos escuetos en un verso
escueto: "No sé si dio burbujas cuando hervía". ¡Qué hálito,
qué palidez de postrimerías en esas salidas de gerundio:
carraspeando, humeando, acezando se iba, con explosiones
de fisiología crepuscular. Y esa ausencia:

El mantel quedó en calma con su miga,

la cama sin abrir, (...)

No es azaroso el que le siga la marcha, la vuelta de los pescadores ascendentes que "avanzan cerro arriba" (Pescadores).

Los primeros versos de un poema son siempre pórtico y tienen su propia semiótica, como que pueden hacer de títulos. Independientes de encabalgamientos y contextos, que sí valen en otros recorridos, son a veces frontispicios antológicos. Se dan mucho los cabos iniciales, certeros hallazgos, en esta obra. ¡Cómo se asientan en sí mismos! "Ayer murió una fotografía". (La diva ha muerto), "Va en pie como inicial de cualquier cosa". (La embarazada del bus), "No sé si dio burbujas cuando hervía". (El viejo comensal), "Sé que me voy. Me voy retrocediendo" (Sé que me voy), "Por fin, tosca Mercedes, te refinas". (Avenida La Paz), "La vi inclinada siempre y cordillera" (La vi inclinada siempre y cordillera), "Oficiaba de nube en el verano". (Ausente).

"Ayer murió una fotografía". Es el primer verso de La diva ha muerto, uno de los cuatro poemas que, siempre a nombre de mujer, van con dedicatoria. En perspectiva de periódico, se establece la disponibilidad existencial de esa trágica de la ópera, María Callas, con su escote señero, abierto en V, con la de Verdi, y central en los senos de La Traviata, o en Valeria, Verónica o Violeta y ...en Violante, que Rosa no necesita llamarse, para producir ella misma sonetos incomparables. A los diarios y revistas les basta con ese "ha dejado de cantar"; a Rosa, no. Porque de esa mujer de tipografías fugaces

Jamás los diarios explicaron en qué loción se impregnaba para no llorar cuando florecen los cerezos.

Esa loción en que se impregnaba era su auténtico semblante. También en soledad, como la mancha en el cielo raso es ojos abiertos, desvelo y vigilia. Es "una mancha que pesa" (Humo) en el insomnio (espacio/ tiempo que permite las translúcidas galerías interiores)...Y yo estoy tendida sola, de

Safo.

Casi una conjugación lírica del verbo "irse", postulo para este aspecto verbal continuativo, de "nuestras vidas son los ríos" en contratexto, el irse yendo como las hojas en el torrente, de este soneto preciso, Sé que me voy. Sí es conclusivo ese saber lúcido, "yo nunca llegué al mar". Poema de altas cumbres, el irse mío, el tuyo, el nuestro, en experiencia continuativa y con destello agonizante:

Hasta el fondo del mar con tu saliva,
sobre la arena rosa oscureciendo.

¡Grande escultura, dirían los antiguos, para el mármol! Para la diáfana y cotidiana inquietud, digo yo, bajo la piel del aire. Arrastrados por el tiempo (hasta que...por fin, ya no nos atrasemos, como la tosca Mercedes) y aunque sepa, con el cerebro de la fe -racionalidad de médula-, que pertenezco a, y estoy inscrito en, el final del movimiento.

Yo nunca llegué al mar. Yo nunca: siendo
que aquel morir inmerso era lo mío.
Y que me voy, te vas. Nos vamos yendo.

Aquel "morir inmerso" es categoría existencial en las torrencialidades del humano consistir. "No alcance nunca el mar, estando viva". Y..."todas íbamos a ser reinas". Siento las evoluciones de los melismas gregorianos en ese movimiento en que "me voy retrocediendo". Potente tensión interna, puerta culminante, centella de iluminaciones en relámpago, en medio de la noche individual y mínima. Con su inquietud de bestia husmea:

Olfatea. Olfatea.
Y se hinca a gemir un poco
de calavera.

(El perro cautivo)

Hay muchos nombres aquí convocados (no confundidos). Nombres propios con historia local y pasajera. Hay mucha humanidad sumergida y excavada bajo esta piel. Y hay mucha mujer consalvadora (la embarazada, la diva, la tosca Mercedes). Y esta María que es también nombre y muchos nombres, de reinas sin cabeza, de embarcaciones y demonios aplastados, y una aceptación enorme:

Entre las estrellas reconozco la difusa firma
/ de la Virgen
cuando dio su aprobación al firmamento.

Y, nada de difusa, con cuerpo reducido a simple indicio- como todas estas figuras que circulan-, está también con su mensaje El ícono de la virgen de Wladimir :

Ay, dame el recado. Y si el Niño llora
será mi cumpleaños.

Como nada de difuso está ese perfil "delante de una vela" (Vela), en que la precariedad es el sello del rostro oculto que depende del fulgor:

Ahora que se apaga, ¿a quién recurrirás?
Vas volcando las sillas que buscas a tientas.

Intensa en su sequedad interior es esa desolación de un Amanecer que no amanece, percepción sin salida y lápiz aplastado. La luz del exterior se integra en este ritmo del movimiento latente:

Cuando abro el baicón para aventar un canto
mi huérfano guante oye el piano vecino.

Toda una historia denominativa, en abstracción geométrica, de individuación de figuras al acecho, reconozco en esta prosa poética de Las inmortales. Es vuelo, en atmósfera agitada, de nombres y apodos

de esas "consaguíneas" estrellas y constelaciones que de noche agreden. La Cruz del Sur. La Estrella Polar. La Osa Mayor. Cada una con su propia cara. Algunas, enigmáticas en su grandeza, como La Vía Láctea que "por motivos teológico- viscerales, no envejece" y "hasta pudo exclamar sin desangrarse: "Mi alma engrandece al Señor"". En esta reflexión de vuelo amplio, de zodiacos interiores, se abre a tajo la herida abierta, desnuda ya de toda ropa lírica: "Pero aún viendo cómo brillan las estrellas le temo a la muerte. Y hallo mas triste cada Navidad. "Contrapunto justo del segundo texto orosístico- y no hay otros- que se engastan en las planicies de la obra, El perro vacante. Paréntesis, pausa de oxígeno, para la apretada contextura poemática, también aquí desfilan los sustantivos propios de una abigarrada humanidad, perdida y en rescate: la pata de Nelson, la baba de Calígula, la espalda del Mariscal Foch. Gandhi y su tiritón, Buda y su ruleta, la tos de Chopin, la espera de Ulises, la cítara de David nonato...Por eso, en estas galerías subterráneas del aire, mirada de los adentros (in-tueri), se sabe que la "Historia no explica que hay héroes a medio evolucionar y que ya provocan ternuras teologales. Que aprenden a ladrar Aleluya con las olas".

En Islas nocturnas son islas -no ovejas- las que discurren por los desfiladeros del insomnio, lúcido, crítico, atroz:

Ahora cuento las islas
apartes y unidas por el mar.

Groenlandia, Santa Elena, Las Malvinas, La Isla del Diablo, Rodas. Por esos despeñaderos, con crueldad, descarnadas, comparecen también para no ser confundidas para siempre:

Primero Groenlandia, madre

de los frigoríficos sin puertas.

¡Cuánta cotidiana luna, cuánta trivial esencialidad, cuanta caída merecedora...! O felix culpa! Concisión deslumbrante en este soneto cabal, La vi inclinada y cordillera, tan ceñido, tan recio en nervadura y hálito como Avenida La Paz, con esa exactitud de alta precisión: “el hilo, que en su boca humedecía”. Mujeres veterotestamentarias de nuestra historia de ayer no más, de esos días monótonos de rutina, en que- como en los ojos de la Guadalupe- un mundo se engrandece y se hace polvos:

Al fondo de sus ojos el ovillo
iba empequeñeciéndose y crecía
el horizonte de su dobladillo.

Tan calibrado como ese otro soneto desnudo, Ausente, en que con inicio ineludible (“Oficiaba de nube en el verano”), deja un temblor de ausencia con sello, rostro único, irrepitible (“del salón en el ángulo oscuro”):

Se quedó el balde en un rincón oyendo
el grifo entrecortado y el estruendo
de manzanas rodando por las tejas.

Y es que en la contemplación, silencio del aire, El sordo en la fiesta asegura los “miras”, “ves”, “hueles” y el hablante lírico comenta:

Será que después de muertos
comienza el juego de la escondida.

Y es que así, el sordo de la fiesta canta su epifanía. Siempre en un quedarse, como “se quedó en blanco aquella despedida” (La despedida), también con concentraciones de concisión virtuosística:

Tan camisa su pecho, tan pañuelo
mi pena.

y, con precariedad que deja sin aliento, el signo ritual
de la clausura,

Yo alcé la mano presumiendo vida
y hubo un guante de adiós y un viudo velo.

y el trazado de la verdadera silueta bajo la piel del
aire, "cuando/ tanta camisa en blanco es una vida".
Entonces, sólo queda sacudirse, como la Alfombra:

salgo al balcón a sacudirme y siento
que las resacas flores están fijas.

¡Cómo te sumerges, Rosa Cruchaga, cómo te refinas,
en purgatorios y desolaciones, cómo llegas hasta el
punto donde se descende ("venimmo al punto dove
si digrada", Inf VI, 114), cómo te asomas, cómo te
arriesgas sin perderte! Con ese rostro tuyo peculiar,
como todos los rostros aquí excavados bajo la piel del
aire, con tu huella digital inconfundible, ya refinada
como tu tosca Mercedes, ya sacudida como tu vieja
alfombra, veraz, honesta, puedes exclamar, y casi
exigir, con propiedad:

In te Domine speravi:
non confundar in aeternum.

Prólogo de
Roque Esteban Scarpa
Director de la Academia Chilena de la Lengua
1978

CORAL DE SAL

Rosa Cruchaga es un ser sorprendente en la vida y la poesía, en ambas, porque tiene el don natural de mirarlas con asombro, desde el ángulo más inesperado, con una libertad desordenada por los múltiples duendes que la habitan, que se expresan lanzando al aire de cualquier momento, estrellas de ingenio simultáneamente ingenuo y sabio, deslumbradoras e incitantes a la meditación, espirituales e increíblemente sensibles en su femineidad. Por eso, el punto de mira es esencial en su obra y otorga a cualquier tema, esa extrañeza inicial, esa profundidad que adquiere un número huérfano que puede ser el de la salvación o la pérdida, que nace quizá de dónde, pero significa, aunque sea la máscara con que, a lo humano, quieren identificarlo fríamente, siendo que el número eterno se da de una vez para siempre; viene con el símbolo de la menta helada; con la pregunta sobre las playas de arenas perseguidas por la imaginaria espuma de una boca bajo la piel del aire y sobre la piel de nadie; con la presencia riquísima, arrinconada, del sordo en la fiesta

que sólo puede mirar la estridencia de las carcajadas, pasando, transcurriendo, instantánea, de labio a labio, mientras el piano sigue callando en su hueso, sin que sepamos si está agitado o quieto, reconociendo él lo que, entre el bullicio, se secretan las copas cuando, agotadas, las agrupan, y con el saber anticipado de la muerte que juega a las escondidas durante lo que semeja gozoso de vivir.

Intuye Rosa Cruchaga, por su mirar paradisiaco, con la sombra del árbol del bien y el mal auestas, que no da ceguera, sino dolorosa clarividencia, que todo lo que, poéticamente, toca, adquiere esa realidad irrevelada que contiene. Yo veo a una Rosa Cruchaga total en su poema "Paquete", y, quien no la conoce, leyéndolo, puede corporalmente verla a ella y a un fragmento de su diaria circunstancia. Estilísticamente, incluso, en su desarrollo, a partir de la afirmación "El conductor me ignora", todo el poema en su manera de definir, de ver, de superponer, de eludir, sucesiva y coetáneamente, reuniéndolas, a la realidad más objetiva y la interior que se trasluce en gestos y afirmaciones que pretenden minimizarla a ella misma, no podría ser originado y, por ende, escrito, en otro ser que el de Rosa Cruchaga. Por eso, recalcamos que es difícil encontrar poeta tan seguro, desenfadado, fiel, libre de modas y modos, y que, por eso mismo de no sentirse frente al común espejo, llega a dudar de su propia poesía, como si en el escribir estuviera en los extremos confines de la llama que, al apagarse, la deja "volcando las sillas que buscas" o siendo un

material con que tejen las arañas sus quitasoles de muerte y, al unísono, el de las escalas de ángeles en el sueño de los patriarcas, pero que puede dejar, en su propio cielo raso, "la mancha que me pesa", luego que agregó una hoja efímera a sus flores. O entender que a esa alfombra floreada y sin rocío, le causa relámpagos de sombra, las pelusas que vuelan de los lechos y que, si la sacude, cruje la yedra y salta "el verde azogue de las lagartijas", sin que las flores estampadas estén sujetas a tiempo, porque esa alfombra de escalofríos no conoce la trama de cielo y de infierno, de subterráneo y alto entretecho, que la conforma, mas, ella, la mujer, alfombra también de antagónica materia, si sale a sacudirse al balcón, abrumada por el desaliento, padece el que sus reseca flores estén fijas y no puedan recobrar su frescor renacido como puede, por sus manos, obtenerlo el objeto.

La angustia puede hacerse ironía, el hombre, una espalda que pasa apurada, donde un terno cuadriculado, un "terno ajedrez sin un caballo", en ese mediodía bancario de prisas se convierte, tras las gafas negras que miran la ausencia de un rostro y su simpatía, en una estafa. Todo, lo cotidiano, lo accidental, lo trascendente, visto desde este ángulo personalísimo de Rosa Cruchaga, adquiere un carácter único. Su técnica de superposición de lo que posee ya ángel poético y de lo común todavía, hasta ese instante, irredento, dan ese sesgo, ese ritmo, esa contemplación simultánea de lo separado hábitualmente en el tiempo

y en el espacio, ganándolo siempre a lo humano, raíz y esencia de su poética, tan personal de genio e ingenio, “coral de sal”, porque a lo múltiple y lo distinto lo sazona de Gracia.

Quizá su misterio de origen resida en esa sensación de pasar la vida viendo irse a las gentes, de enfundar lo ya inusado “cada vez que se van los que quedan presentes”; de pasar la vida “como quedan los puentes”, donde al dar la sensación de su transitoriedad para los demás, se define, sensibilísima por la suma de los tiempos que la afinan y firme en la inmóvil eternidad que la sostiene: “remecidos por siglos e inmóviles siempre”.

Celebro, admiro, esta poesía auténtica desde el ser, con voz propia, y su perfección lograda en aparentes dificultades. Por mantenerse fiel a su visión del mundo, Rosa Cruchaga exige a sus lectores que se quiten de los ojos los hábitos del leer, y, entrando en su juego serio, vean lo existente inédito, en su gozo y pena.

Roque Esteban Scarpa.

MENTA

Por esta puerta de servicio,
arrastrándose sobre las negras baldosas,
llegó a dormirse Luther King, anteayer:
Viernes Santo de mil novecientos sesenta y ocho,
con el pecho traspasado por una pastilla de menta.

Son heladas las mentas que congelaron a Marilyn.
Y las que los turistas dan a las palomas
que se hundirán con Venecia.

Mentas heladas los ojos del Paraíso perdido,
las rodillas enanas del pintor de cancanes
y las sienas suicidas que pintaron girasoles.

Un collar de mentas partió en dos
a una austríaca-francesa
y de una menta hermafrodita nacieron gemelos
el Príncipe de Dublín y su africana golondrina.

Con treinta mentas heladas
compramos la Salvación: durante otro Imperio.

Y a veces se nubla en el cielo
la Pastilla de Menta.

ESAS PLAYAS

Qué será de esas playas. Tu arena perseguida
por la imaginaria espuma de tu boca.
Tu arena de apuestas perdidas
y cáscaras rojas.

Lucia añejo el borroso horizonte.
Tu sonrisa era apenas amapola amarilla.
Las actinias flotaban con su anillo disuelto
en secreción amarga.
Qué será de esas salmueras
con que tú, a ti, te perseguías.

Humeaba turbio el horizonte
bajo la piel del aire, sobre la piel de nadie.
El diluvio, el desierto, la esponja de los sauces,
y tú, Novia, lloraban. Tú, tragándote y tragando
la huella improbable que dejan las anguilas.

Qué será de ese oleaje
en que te buscabas y desaparecías.
Y de las amapolas amarillas.

MAQUERONTE

(Visita a la Fortaleza de Herodes)

El viento clama JUAN,
y se inclinan las palmeras.

En la prisión del Bautista alguien insiste
en la roja bandeja, el hacha roja, el vientre al rojo de Herodías
y las córneas del Rey enrojecidas
como Enrique Octavo llorando a Tomás Moro.

Otro bromea con cañerías que chupen el Jordán,
que enjaulen el Jordán -como al mayor profeta- en ese
convertible en hemorrágica piscina si el río abunda en cala
/calabozo:
/mares.

Y recuerda que en el Sena vio pasar un aborto
justo enfrente a San Miguel, que trataba de expulsar a los
/demonios.
Y que las gárgolas de Nuestra Señora *también* son de raza
/pekinesa,
en homenaje al falderillo del Gran Richelieu.

Otro afirma que Murillo debió ser andaluz de Melilla.
¡ Pintar primos del desierto jugando con conchas de gasolina !:
Y tan luisinas como una simple tina de Marat.

Yo escucho al viento clamando JUAN.

LA EMBARAZADA DEL BUS

Va en pie como inicial de cualquier cosa.
Parece catedral que está en clausura,
con sienes de vitró de luz oscura
por la vela escondida y fervorosa.

Parece árbol deforme de verdura
que da una sombra ardiente y recelosa,
y que guarda el follaje color rosa
como el coral hundido en la amargura.

Desde el último asiento del tranvía
veo pasar las calles indolentes
y siento soledad de tantas gentes
que ya no me conmueve sólo una.

Va en pie como inicial que es también mía,
de catedral y de árbol y de luna.

PAQUETE

El conductor me ignora. Pero frota el parabrisas
con su gorra que mece despidiendo y saludando.
Yo camino con el vuelto en una mano, y en la otra
el paquete húmedo y seco en invierno y verano.
Cada mañana recibo las envueltas miradas
en una mano. Y en la otra, mi último calendario.

Si un niño se sobresalta es que escuchó al envoltorio
desperezándose como un cuaderno noctámbulo.
Si le miento explicándole que lo asusté casualmente,
ya me descubriría al correr de los años.

Cuando el bus tose hacia dentro, con el estruendo: el señor
de la revista nota que los puntos se hacen O.
Busca a esta desconocida para ver si tiene cara.
Y mis solapas al viento le contestan que no.

Cuando el bus zangoloteo junta las cabelleras,
se intercambian pensamientos, se entresalpican los charcos.
En mi paquete revuelven chiquillos y funcionarios
en una mano. Y en mi otra yo voy sola de mi mano.

Todos bajan a la niebla al final de sus trayectos
que quizás nunca empezaron.
Se alejan aleteando su pelo entre los pinos
y desaparecen en el paquete helado.

PIQUETE

El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.

El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.

Cuando el tiempo parece detenerse con el momento de la vida.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.

Cuando el tiempo parece detenerse con el momento de la vida.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.
El momento es el que importa. El momento es el que importa.

EL VIEJO COMENSAL
(a Miguel Cruchaga Tocornal)

No sé si dio burbujas cuando hervía.
Si, hubo una gota seca en su mirada.
Pensábamos: "Qué mal va su atorada
tos". Y, él, carraspeando desmentía.

Masticaba sabroso y parecía
una tetera humeando, ya apagada.
Acezando nos dio su carcajada:
como sartén quemando su alegría.

Se lo llevaron mozos de una empresa.
Y en su fuente tapada yo leía
la inicial de su pie o de su cabeza.

El mantel quedó en calma con su miga,
la cama sin abrir. Y aunque él no diga:
su muerte fue una amable sobremesa.

PESCADORES

A veces vuelven pescadores
con boina niebla en la luna.
Pensando si habrá muerto aquel doble cojín de único pecho.
Aquellos dobles labios
que debieron ser cinco como las estaciones:
para la lluvia, la parva, el vino verde, la total vendimia
y un otro urgente verano de salitre lechoso.

Vuelven pensando en aquel sutil meñique
que hace burbujas champán: al tantear el ardor de la plancha
Y que extrae peines ámbar del almibar
y polen de caspa de las solapas llorosas.

Vuelven con peces forrados en tejuelas de zinc.
Con párpados postigos a la semipenumbra
y a los flecos suspicaces de los muebles.

Anónimos avanzan.
Hacia las huellas digitales del ínfimo tacto:
de aquel meñique que bruñe las cucharas al alba.

Esponjándose en niebla, avanzan cerro arriba.
Hacia el cataclismo silencioso de las puertas cerradas.

PRELUDIOS

A veces vuelven por caminos
que nunca existieron en la tierra.
Fueron los que se fueron, los que se fueron,
Aquellos que se fueron,
que dejaron sus cosas como las abandonaron
para ir a buscar, al volver, la total existencia
y en otro momento venían de vuelta a buscar.

Volaban por encima de aquel gran desierto
que hizo sus pasos crujidos al caminar, al andar de la infancia.
Y los pasos fueron siempre los mismos.
Y por el campo de los árboles frutales.

Volaban con pasos frías en el espacio de ellos.
Con sus pasos frías a la espera de
y a la hora siguiente de los mismos.

Algunos venían.
Hacia los árboles que se fueron del mismo modo
de aquel momento que nunca los existieron al estar.

LA DIVA HA MUERTO

(A María Callas)

Ayer murió una fotografía.

Jamás los diarios explicaron en que loción se impregnaba
para no llorar cuando florecen los cerezos.

Ni si trepaba a los aviones, con gafas oscuras,
para ocultar su apego a esta tierra lunar.

O si fumaba para comprobarse
que el angélico vaho justifica los cánceres.

La hacían reír los fotógrafos:

para perpetuarla alegre en los jugosos diarios de las carnicerías.

Hay fotos de ella en la Acrópolis:

poniéndole herradura a la Cariátide coja.

Fotos en la canícula del Panteón:

enfriándose la cara contra la popa de Voltaire.

Los diarios de hoy aluden a su humor mal nacido
y a sus descendientes desengaños.

Y no cuentan que Verdi la amó, cuando era sirvienta en casa

/de Rossini.

Cuando él, hambriento, golpeaba esa puerta.

Y ella robó hisopos y navajas de nácar con oro, para dárselas
/a Verdi.

Se los entregó tarareando tiritones
de "El Barbero de Sevilla".

Luego huyó por los pasillos de Roma
y él jamás volvió a verla. Pero compuso "Aída",
la que canta sobre hombros etíopes,
recordándola jadear colina arriba entre los maullidos
/nocturnos.

Y creó "La Traviata", de escote en V para la tos:
en memoria de esa inicial de Víbora, que vio en su acezante
/pechera.

Por las tardes buscaba entre las prostitutas del Foro
y a las más grises preguntaba
si se llamaban "Valeria" o "Verónica" o "Violeta".
Repartía castañas a los friolentos gatos,
que -quizás- pernoctaron con ella.

Los diarios aluden a sus angustiosas primaveras:
viendo desmadejarse los cerezos color carne.
Terminan diciendo: "Ha dejado de cantar".
Y yo no canto, no toso. Ni siquiera me llamo "Violante"
para provocar un soneto.
Me cuesta creer que es ella
y no yo la que se ha muerto.

HUMO

El humo se retuerce. Es el mismo humo
que vetea en los mármoles y sanguinolentas reses.
El mismo con que tejen sus quitasoles las arañas
y sus escalas de ángeles los patriarcas que sueñan.

El mismo que agregó una hoja efímera a mis flores
y dejó en el cielo raso
una mancha que pesa.

SÉ QUE ME VOY

Sé que me voy. Me voy retrocediendo
como el salmón que vuelve cuna arriba.
No alcancé nunca al mar, estando viva.
No llegaré a las cumbres, falleciendo.

Sé que te vas, te vas y no queriendo:
como una esponja amarga y fugitiva.
Hasta el fondo del mar con tu saliva,
sobre la arena rosa oscureciendo.

Sé que te vas de mí. Que nada queda:
ni un rastro ni algún sauce que nos pueda
llorar de bruces arañando el río.

Yo nunca llegué al mar. Yo nunca: siendo
que aquel morir inmerso era lo mío.
Y que. me voy, te vas. Nos vamos yendo.

EL PERRO CAUTIVO

Olfatea, olfatea
Y se hinca a gemir un poco

el viento en las tejas.

Bocanadas relámpagos
brotan de la chimenea

que anda por el cuarto.

Las veletas contemplan
la cola del gran ciprés

que ahora falta en la ladera.

Olfatea, olfatea.
Y se hinca a gemir un poco

de calavera.

HOY ME LLAMO MARÍA

Hoy me llamo María. Y lloro
al no tener imperdibles

ni un antejo con algo de papel secante.

Me siento desplazada por la gata que atiende las burbujas
/del agua.

Pero yo también oigo la recóndita lluvia del patio,
mientras preparo postres al hirviente paladar del amor.

Pero llamarse María supone evocar a reinas decapitadas,
a las que debiéramos decir que el cuello es sólo un istmo
entre ambición y fraude.

Y supone pensar barcos que descubrieron el trópico y las
/serpientes

que lo devoran: Pero van poniendo huevos de baobab.

Supone pensar que el demonio de cabeza aplastada,
sólo puede pensar en mi pie:

después de la Misericordia, que ni él ni yo merecemos.

Entre las estrellas reconozco la difusa firma de la Virgen
cuando dio su aprobación al firmamento.

**Firma que falsifiqué en una noche absoluta.
Cuando decidí llamarme, siquiera por hoy:
María Magdalena y el desierto.**

QUIZÁS TE HAS IDO

Quizás te has ido. De esta tiniebla
que azuzan los insectos que parecen callados.
Y yo soy sólo su eco, el universo miedoso
por los secretos aluviones de las potentes hormigas.

Quizás te has ido a oscuras. Y eres la doble ausencia
que al cuarto infunde un fervor de ilocalizable cama.
Y tengo el tacto polvoriento de las palomas nocturnas
que imprimen en el aire sus Miércoles Ceniza.

Pero quizás no te has ido. Y gatea una flor
hacia una de sus tantas metamorfosis.

VELA

Débil y tosco es tu perfil
delante de una vela,
y ésta rejuenece al perder esbeltez.

Sólo esa llama entiende tu aliento flautista,
tu acantilado seco,
y tu siamesa sombra
por la que empiezas a morir.

Ahora que se apaga, ¿a quién recurrirás?
Vas volcando las sillas que buscas a tientas.
Se te interponen las columnas
para dejarse aplaudir.

AVENIDA LA PAZ

(A Mercedes Alvarez)

Por fin, tosca Mercedes, te refinas.
Te han puesto en un cajón con indulgencias
y te llevan; cubierta por hortensias
que plantaste: a la tierra en que terminas.

Por fin sin reumatismo. Y no caminas
arrastrando en pantuflas tus paciencias.
Vas en hombros. Hoy te hacen reverencias
los amos de jardines y cocinas.

Hoy tus flores barriendo las basuras.
Hoy es viernes de feria y no te apuras
que nadie hoy te dirá: te has atrasado.

Por la calle del río y del mercado
al descanso, Mercedes que has comprado,
en tu cesta te vas, entre verduras.

LAS INMORTALES

Por algo a las señoritas les ciento preocupadas.
De día las divide de una conversación, pero, a
ocasion, me vuelven sus ojos y los recuerdos de
mío a de nuevo.

Ahora me voy a dormir. Seguro al que se
le querrán creer.

AMANECER

El mismo lápiz que asoma en mi libro
acaban de aplastarlo en la acera.
Al fondo de mi oído alguien prende un cigarrillo
para esquivar respuestas que queman mi otro oído.
El barquillero ofrece palillos de Penélope
y el carretón de frutas serpientes entrañables.
Cuando abro el balcón para aventar un canto
mi huérfano guante oye el piano vecino.

me hablan entre los árboles. Tanto desordenado
tierra en las vías comidas e en las calles
marchando. Por su camino para descubrir
la epopeya de la Gran Carabela y era aquella época
de las impresas contradictorias para que los
Algunos pudieron ser mejores.

La Estrella Polar está almorzando. Todavía
estudiar como a Salomón. Hoy una vez un guiso
de vidrio sobre una cama de flores de lino. Como
parecía volar en los brazos de su, empezó a llorar
la América. Y tristemente acortó, pues dejó de
escribirlas y nadie supo dónde la enterraron.

Yo era solitaria. La supieron escribir porque
a una abuela la galatearon) y nadie le habló. Por

LAS INMORTALES

Por algo a las estrellas las siento preocupadas. De día me olvido de esas consanguíneas; pero, a oscuras, me vuelven sus apodos y los tenedores de más o de menos.

Ahora me miran como a niño mayor: al que se le encargan misas y cigarros. Parecen implorar que les compruebe que fueron algo más que una lumbre en el vacío. Por ejemplo ceras con pabilo acogedor, torno al cual giraban insectos perseguidos. O un farol junto a un quiosco con avisos urgentes. Pidiendo sangre.

De ellas recuerdo a las más crueles o tiernas en mis dudosas fechas de cumpleaños. Y entre las imperdonables: La *Cruz del Sur*. Constituían un clan sarcástico. La madre me llamaba *El Príncipe Feliz*, pues me faltaban todos los botones. Pasaba descubriéndome tierra en las uñas comidas o en las rodillas machucadas. Por su carisma para descubrir tierra, la apodé *La Gran Carabela* y era apellido *Veragua*. Lo que no implicaba contradicción pues Colón tuvo bastardos. Algunos pudieron ser anfibios.

La Estrella Polar era afectuosa. Pero partió a estudiar canto a Salzburgo. Envió una foto con quitasol de vidrio sobre una colina de flores de loto. Como parecía volándose en traje de tul, empecé a llamarle *La Asunción*. Y tristemente acerté, pues dejó de escribirnos y nadie supo dónde la enterraron.

Venus era solitaria. La suponían acéfala (porque a una abuela la guillotinaron) y nadie le hablaba. Por

sobrenombre le puse *La Bienaventurada Futura*, pues lloraba a escondidas. Ahora es la más clara sonrisa de la noche.

El resto de las constelaciones son gotitas que empañaron mi espejo, cuando lloré a *La Osa mayor*. La llamé *La Huida a Egipto*, porque la relegaron a causa de una calumnia amorosa que ella acató sin rencores. Ahora brilla rodeada de luces asustadas: como una abadesa cuidando doncellas en peligro. Por ella supe que *La Vía Láctea*, por motivos teológico-visceral, no envejece. Y es tan elástica su piel, tan inmedible, que hasta pudo exclamar sin desangrarse: "Mi alma engrandece al Señor".

Pero aún viendo cómo brillan las estrellas le temo a la muerte. Y hallo más triste cada Navidad.

ISLAS NOCTURNAS

Ya no cuento las ovejas perdidas
para dormir sobre almohada pastora.
Ahora cuento las islas
apartes y unidas por el mar.

Primero Groenlandia, madre
de los frigoríficos sin puertas.

Segundo: Santa Elena,
con diploma de Cáncer Imperial.

Tercero: Las Malvinas con su triple bandera
Federal, Commonwealth y apátrida.

Cuarto: La Isla del Diablo, apresando a Dreyfus inocente
hasta que es su salvador Emile Zola, el excomulgado.

Quinto: Rodas que enseñó colosal muerte al Titanic.

Sexto: las antropófagas Bermudas sin cementerio al cual temer.

Mi brasero es como la isla Mann.

De la que vuelan puras las cenizas incestuosas
que dieron a luz sólo a El Elegido.

LA VI INCLINADA SIEMPRE Y CORDILLERA

(*A Judith Montes*)

La vi inclinada siempre y cordillera
con su perfil vertiente en la costura,
con cascadas de lienzos y una oscura
nevazón empezándose en la ojera.

Su sombra rechinaba. Su brazo era
un molino de enérgica ternura.
De la máquina hundida en su cintura
surgía el sol, el pajar, la hacienda entera.

Entreabriendo las hojas, tintineaba
el hilo, que en su boca humedecía,
y que en torrente se precipitaba.

Al fondo de sus ojos el ovillo
iba empequeñeciéndose y crecía
el horizonte de su dobladillo.

EL NÚMERO

Tuve una libreta y la perdí.
Recuerdo un número que no recuerdo
si era del carné (antes de expatriarme)
o del pasaporte del regreso.
O el sonsonete de tal lluvia, de tal día, de tal invierno.

Suele escapárseme y preguntan: “¿Qué dices?”
“Un número”, contesto, “un número huérfano”.
Y abro el balcón para que oigan cómo está lloviendo.

A veces, frívola, lo marco al teléfono,
y la mujer que dice “equivocado”, me da miedo.

No estaba en la libreta que perdí
sino en la que no encuentro.
Hoy me asomo al balcón. Sólo atino a exclamar:
“¡Padre! ¡Ochocientoscincuentitresmilcuatrocientos!”

EL SORDO EN LA FIESTA

Miras las carcajadas.
las ves pasar de labio a boca.
Ves pasar sus rojos círculos pareciéndose a beso.
Y *corre anillo*, como antaño. Y el rancio piano marfil
callando en tu hueso.

Hueles la rumba. La doca arenal
se te resbala sin cansancio.
Porque estás preso en tu cigarro
y en tu saliva de yeso.

Miras las copas secreteándose.
Y *un dos tres crea por vos*
y brindo por ti:
si así es la vida.

Ahora ves por los visillos
más turbias las carcajadas.
Será que después de muertos
comienza el *juego a la escondida*.

LA DESPEDIDA

Se quedó en blanco aquella despedida.
Tan camisa su pecho, tan pañuelo
mi pena. Apenas ocre estaba el suelo
con la arena vidriosa contenida.

Yo alcé la mano presumiendo vida
y hubo un guante de adiós y un viudo velo.
Sonreía el maíz, pero en el cielo
los pájaros graznaban a escondida.

Y me dije "el verano ha terminado
sin buitres y sin carne que decida
entre el ser soledad o el ser bocado".

Pero él ya sabe cuánto estoy callando,
y cómo el pelo se encanece, cuando
tanta camisa en blanco es una vida.

AUSENTE

(A Judith, en Pomaire)

Oficiaba de nube en el verano.
Baldeaba el agua sobre el piso hirviente.
Hizo oleajes su paso. Era un torrente
de algas azules su lluviosa mano.

Se esfumaba de noche. Y muy temprano
volvía a pasar su brisa por mi frente.
Por el postigo hostil, furtivamente
me daba el olor limpio del manzano.

Y baldeando el calor se sonreía,
entre caldos y zumos con abejas
que burbujeaban en el mediodía.

Se quedó el balde en un rincón oyendo
el grifo entrecortado y el estruendo
de manzanas rodando por las tejas.

FATUM

El plato con cenizas y la luna de hojas grises
separan los dos perfiles. Está cantando la rana.
El diría que es tartamuda y ella que está acatarrada.
Alguien debiera explicar que a ellos no les queda nada:
sólo el humo hacia la luna: que se borra o se cansa.

Los dos perfiles coinciden en las colillas que apagan
y en el acezar callado: mientras canta la rana.
Cuando en el viento golpea su ruido bisagra
y él no dice "volveré", ni ella dice "no te vayas".
Y nadie debe decir por qué la vida es tan rara
que acepta el hacerse humo sólo para ser llorada.

Sonríen el plato y la luna antes de darse la espalda.
Hará frío en los caminos. Pero canta la rana
entre las hojas grises y al fondo de las entrañas.
Antes, él diría "qué injusto" y ella bromearía con lágrimas.
Pero hoy se alejan y nada que lloran sin sacar nada.
El humo en el aire es aire. La luna, gris porcelana.

ALFOMBRA

Esa alfombra floreada y sin rocío
no conoce la trama de sus hechos.
Ni subterráneos ni altos entretechos.
Tan sólo la cortina husmeando el río.

A la alfombra le da un escalofrío
el viento al ras y el vilo de los techos.
Las pelusas que vuelan de los lechos
le causan un relámpago sombrío.

Si sacudo la alfombra de mañana,
se hunde la yedra y salta en la ventana
el verde azogue de las lagartijas.

Si me invade y me aplasta el desaliento,
salgo al balcón a sacudirme y siento
que las resacas flores están fijas.

EL ICONO DE LA VIRGEN DE WLADIMIR

Miras con pena. ¿ Será hoy mi cumpleaños ?

Al reloj le arrancaste el Niño paloma
que sólo anuncia las medias y cuartos.
Sujeto del asa sostienes al Niño
que guarda el azúcar de los solitarios.
No es Pascua y lo tienes de abeto nevado:
por si creo en campanas que se equivocaron.

Quizás en tu mano tienes un recado.
Pero no lo muestres, que se cae el Niño
con que sacas agua del pozo lejano.
Ay, dame el recado. Y si el Niño llora
será mi cumpleaños.

EL PERRO YACENTE

Sólo el perro yacente conserva su estatura, uniformado en fiera dormida. La pata de Nelson rasca suave la isla Santa Elena. La baba de Calígula asoma plácida en las comisuras de Rommel. La espalda del Mariscal Foch avanza lento en hombros de los Inválidos. Y la Historia no registra aquellas postumas reconciliaciones. Ni cuenta cómo se jibariza la vida.

Sólo el perro mantiene su platónico esqueleto. Se incorpora con la confianza incauta de los pacifistas. Gandhi tiene un tiritón en el lomo. Buda una ruleta sin cifras en el vientre. La radio toca el Concierto para Teclas Negras. El velludo mármol de Lincoln reconoce la tos de Chopin y el ocaso anaranjado de Mallorca. Y la Historia no alude a esos compromisos, entre estatuas que no se conocieron ni se defraudaron. Y que transmitieron su misión fraternal por medio de moscas que intercambian encargos entre los cadáveres y los vasos de leche.

La cola de la báltica sirena intenta espantar las focas que aún desean la espuma de Ulises. Los mostachos de la Mezquita Azul resplandecen impalpables como la cítara de David, antes que él naciera. Y la Historia no explica que hay héroes a medio evolucionar y que ya provocan ternuras teologales. Que aprenden a ladrar *Alehuya* con las olas.

TRENES

He pasado la vida viendo irse las gentes
y quedar los pasillos y volverse los trenes.
He cerrado el balcón y he enfundado los muebles
cada vez que se van los que quedan presentes.

Como las realidades no son satisfactorias
las compenso invitando a gentes ingeniosas,
y mi risa me suena a un grito de gaviotas
cuando parten mecidos por las últimas copas.

Voy pasando la vida como quedan los puentes,
remecidos por siglos pero inmóviles siempre,
empezando en la orilla de los sauzales verdes
y siguiendo en el humo que dejaron los trenes.

OTROS LIBROS PUBLICADOS POR ROSA
CRUCHAGA DE WALKER

(Poesías)

- Descendimiento* (1959). Premio Alerce, Sociedad Escritores.
Después de tanto mar (1963). Editorial Del Pacífico.
Ramas sin Fondo (1967). Editorial Muralla (Avila, España).
Poesías (1970). Ediciones Separata Revista "Mapocho".
Raudal (1971). Imprenta Universitaria. (Prólogo de Neruda).
Elegía Jubilosa (1977). Separata Revista "Mapocho".
Bajo la piel del aire (1978). Nascimento.
Otro cantar (1983). Revista Mapocho.
Sobremundo (1985). Editorial Muralla, España.
Antología Breve (1987). Revista Atenea, Concepción.

INDICE

págs.

Non Confundar. Prólogo de Alfredo Matus Oliver (2ª edición).....	5
Coral de sal. Prólogo de Roque Esteban Scarpa.....	15
Menta.....	19
Esas playas.....	21
Maqueronte.....	23
La embarazada del bus.....	25
Paquete.....	27
El viejo comensal.....	29
Pescadores.....	31
La Diva ha muerto.....	33
Humo.....	35
Sé que me voy.....	37
El perro cautivo.....	39
Hoy me llamo María.....	41
Quizás te has ido.....	43
Vela.....	45
Avenida La Paz.....	47
Amanecer.....	49
Las inmortales.....	51
Islas nocturnas.....	53

INDICE

	Págs.
La vi inclinada siempre y cordillera.....	55
El número.....	57
El sordo en la fiesta.....	59
La despedida.....	61
Ausente.....	63
Fatum.....	65
Alfombra.....	67
El Icono de la Virgen de Wladimir.....	69
El perro yacente.....	71
Trenes.....	73

